

## PALABRAS DEL PRESIDENTE RICARDO LAGOS

Estamos contentos de poder estar acá, particularmente contentos de poder contar tanto con Alain Rouquié, con Mempo Gardinelli, así como con otros pensadores de estas tierras participando en este debate.

Cuando planteamos la idea de una Comisión Bicentenario, entendimos que había que hacer un registro del esfuerzo de Chile y que ese esfuerzo tenía como norte saber qué tipo de país queríamos. Todo ello en torno a un conjunto de proyectos de infraestructura, que debían estructurarse desde ópticas diferentes a las de aquellos tiempos del Centenario, cuando el Estado estaba presente de otra manera, al punto de poder decir vamos a hacer esto o aquello y a partir de eso diseñar el país y la ciudad que se quería.

Ahora es distinto. Existe un sector privado que hace inversiones muy significativas y eso queda como una marca perenne, para bien o para mal. Pero es necesario considerar otro elemento de aquel Centenario, y es que en 1910 Chile se pensó como un país que iba por la senda del progreso. Y se frustró. Fue lo que Encina llamó "nuestra inferioridad económica" y lo que Aníbal Pinto calificó como "un caso de desarrollo frustrado".

En ese contexto, nos pareció que la discusión del Bicentenario no se podía reducir a cómo visualizamos Chile arquitectónica

y urbanísticamente o cómo lo miramos desde el punto de vista de su infraestructura. Es cierto que tanto ayer como hoy esas perspectivas están en la mira y como proyectos. Sin ir más lejos, antes de llegar hasta aquí, me mostraron una maqueta un tanto ambiciosa de Santiago. Podemos decir que lo mismo ocurre prácticamente en todas las ciudades de Chile, donde hemos definido cuáles son los proyectos emblemáticos, en los que la región, la comuna, la ciudad, quieren verse representadas.

Pero nos pareció también que era preciso mirar a Chile de una manera distinta. Lo que existe se puede aprovechar para pensar el futuro. Pero para mirarlo de una manera diferente tenemos que asumir que éste no es solamente infraestructura, no se reduce a ello, es mucho más. En esta dirección se inscribe la necesidad de impulsar un debate de ideas y un debate cultural.

Nos pareció que, así como el año pasado debatimos a partir de una presentación de Manuel Castells sobre Chile, era lícito preguntarnos acerca de la posibilidad de mirar hacia América Latina. Mirarnos como latinoamericanos desde un nuevo desafío y con otro contenido. Un desafío desde el punto de vista de la democracia, la cultura y las identidades. Y esto no es peregrino: buena parte de los países de América Latina también celebrarán el Bicentenario en 2010.

Hasta ahora nos hemos preguntado cómo somos capaces de fortalecer nuestra democracia, nuestra cultura, nuestras identidades, en un mundo que se globaliza cada vez más, y lo hacíamos y hacemos desde lo nacional. Pero las respuestas a esas preguntas son diferentes en un mundo crecientemente global y más aún en América Latina.

Nos acercamos a los dos siglos de un proyecto que es nacional, republicano, democrático, orientado a insertarnos en el mundo. Es obvio que desde 1810 hasta ahora algo ha ocurrido en el mundo. Sin embargo, quisiera decir que las motivaciones fundamentales siguen siendo las mismas y no han cambiado.

O'Higgins, tras instalarse la Primera Junta de Gobierno en 1810, dijo: "Dos objetos son de vital interés para sacudir la inercia del reino y lanzar a sus habitantes en la senda revolucionaria: la convocatoria de un Congreso y la libertad de comercio". Lo uno y lo otro lo ponía al mismo nivel: un Congreso para ser soberanos y libertad de comercio, para ser prósperos. Más adelante, en 1822, sostiene que el propósito es "franquear a todos sin excepción de calidad, fortuna, sexo o edad, la entrada a las luces". Es lo que ahora llamamos generar igualdad de oportunidades para todos, sin discriminaciones.

Doscientos años después, estamos diciendo que, si en verdad queremos una sociedad más democrática, el énfasis en las políticas públicas debe centrarse en ser capaces de abrir mayores espacios de desarrollo integral a los que tienen menos oportunidades respecto de los que tienen más.

Desde esa perspectiva, el primer Centenario marcó un hito, pues nos encontró con una sociedad profundamente dividida entre quienes celebraban con entusiasmo los logros alcanzados y aquellos otros que criticaban con dolor las deudas sociales pendientes tras cien años de vida republicana.

Desde *La crisis moral de la República* de Mac-Iver, el conjunto de opúsculos que criticaban la situación social del país hacia 1910 es enorme. Así, mientras unos presidían festejos e inauguraciones, otros, que asumían la perspectiva de los sectores medios y populares, ponían el dedo en la llaga.

En cierto modo, para el Centenario había un conjunto de metas alcanzadas y otras respecto de las cuales existía la sensación de que estaban todavía a años luz. Y el ejercicio de la ciudadanía universalmente proclamada era más bien una ficción retórica para vastos sectores del pueblo.

Había solidez de las instituciones, progreso económico, grandes obras públicas, influencia de Chile en la región; pero todo aquello contrastaba con los problemas enormes en vivienda,

urbanización, salubridad y una extrema inequidad. Ni hablar de relaciones laborales, del desamparo de los trabajadores y sus familias ante las adversidades. Eso es lo que lleva a algunos a hablar de un desarrollo que se frustró, y a otros, como Francisco Encina, a decir que, no obstante nuestro progreso, la impronta la ponía nuestra inferioridad económica.

La cuestión social adquiere fuerza. Y es esa cuestión social la que emerge para el Centenario, la que caracteriza buena parte de los conflictos chilenos en el siglo pasado y es la que explica también la forma cómo entendimos buena parte del siglo XX.

Estas reflexiones, particularmente críticas, que provocó el Centenario fueron el origen de un conjunto de políticas públicas. Buena parte de lo que hace Alessandri el año veinte tiene que ver con las discusiones intelectuales en torno al año diez. Y serían esas políticas las que contribuyeron a crear un país algo más moderno, más justo, más democrático.

Si ese fue el debate con motivo del Centenario, ¿cuál es el del Bicentenario?

Tras la recuperación de la democracia y nuestros avances en la inserción de Chile en la región y en el mundo, tal vez el gran debate gire en torno a por qué los temas del Centenario parecen tan distintos a los del Bicentenario. Quizás entonces podamos intentar hacer un nuevo balance de nuestros logros y de nuestras deudas en la construcción plural de la nación y de la democracia.

Es lo que estamos intentando hacer de un modo distinto de lo que ocurrió cien años atrás. En 1910, Luis Emilio Recabarren decía: "...no es posible mirar la nacionalidad chilena desde un solo punto de vista, porque toda observación va a resultar incompleta". Y un siglo después sigue siendo cierto que no es posible mirar el país unilateralmente, porque la sociedad chilena es mucho más plural, mucho más enriquecida.

La tarea que asumió la Comisión Bicentenario, y que se expresa en este foro, es que el Bicentenario es más que una mera

suma de proyectos, por importantes que ellos sean. La tarea es saber cómo aproximarnos a la celebración a través de la reflexión, la valoración, la crítica, en la perspectiva de lo que hemos aprendido en este siglo XX: la unidad de Chile es la diversidad de Chile y en esta diversidad está su riqueza.

Por eso queremos que esta celebración no inhiba, sino que estimule el debate. Y que éste abra paso a nuevas perspectivas para renovar y fortalecer un proyecto de Chile, un proyecto republicano, democrático y latinoamericano.

Nuestras raíces de acción y referencia están aquí, en América Latina. Y los vínculos con nuestra región, así como nuestra forma de interrelacionarnos con el mundo, están impactados por un proceso de globalización nuevo, creciente, complejo, que nos plantea desafíos que antes no tuvimos.

Porque hay que decirlo: un mundo más integrado requiere estándares mínimos o reglas de común denominador especialmente cuando existen tremendas desigualdades. En otras palabras, un mundo cada vez más integrado hace que el concepto de soberanía nacional, en el cual estamos afincados, empiece a tener límites un tanto más difusos.

¿Cuál es la soberanía nacional en los 25 países de la Unión Europea? ¿Cuánto manda el Banco Central? ¿O el Banco Central en Frankfurt manda más? Nunca he logrado que me expliquen cómo se hace para tener una política monetaria y 25 políticas fiscales distintas, pero lo que sí me parece notable es cómo va haciéndose más difuso el concepto de la soberanía en cada país y cómo se va convirtiendo en un tema mucho más comunitario.

De allí, entonces, que una buena parte de las políticas públicas tenga un rol central para reducir brechas entre los países y al interior de los mismos.

Hay un carácter contradictorio en las influencias de la globalización, tanto en lo político como en lo social y en lo cultural.

Y, al mismo tiempo, la política se globaliza, incluida la revitalización de formas democráticas de gobierno, pero también se requiere de una vigilancia internacional para garantizarla.

Para andar por el mundo globalizado hay que tener credibilidad democrática y esa misma credibilidad democrática se hace más y más global.

Por otra parte, este proceso de globalización y una nueva sensibilidad cultural altera también nuestras formas clásicas de representación política. Entonces, ¿cómo interpretamos estos signos? Y qué decir del Presidente que les habla, que todos los días abre el diario y lo primero que ve es cuánto es el riesgo país, sabiendo que esa calificación la hacen unos señores desde Wall Street que tal vez no han estado jamás en Chile, pero cuyo veredicto impacta fuertemente sobre la suerte de los países sometidos a su escrutinio.

Vivimos en un mundo distinto.

Lord Keynes decía que jamás se tocaría la autonomía del Banco de Inglaterra. No sé qué pensaría hoy día. Existe una pérdida del margen de acción de los gobiernos nacionales y, al mismo tiempo, un fortalecimiento de lo local, de lo regional, al interior de nuestros países. Entonces, desde el punto de vista político el gobierno central pierde parte de su autonomía como resultado de los fenómenos globales que he descrito y las regiones o comunas demandan más autonomía. Si se es ministro de Obras Públicas, lo que le piden las regiones es que la definición de dónde invierte la tomen las regiones y no el ministro desde aquí, desde Santiago. Ninguno de estos dos fenómenos existía. La globalización, por una parte, sustrae y, por la otra, la regionalización, también. Y eso no pasaba hace cien años y nos demanda un tremendo esfuerzo.

Esto plantea, desde el punto de vista de los que gobiernan, de los líderes políticos, una tensión entre cómo se hace para tener apoyo local y ciudadano y, simultáneamente, respetar las

escasas reglas de manejo en un contexto de crisis o, de manera más continua, ciertas normas que impone la globalización. Si quiere mejorar el riesgo país, aplique una política fiscal restrictiva, se dice. Entonces, ¿cómo aplico política fiscal restrictiva y mantengo un nivel de apoyo en la población? Y si mantengo el nivel de apoyo en la población, porque tengo políticas que son un poquito livianas, entonces me van a castigar y me van a decir que el riesgo país subió.

Por eso pienso que la gobernabilidad de la democracia va a depender crecientemente de cuál es la sensibilidad del gobierno para entender la necesidad de una política que implique un apoyo de la ciudadanía, por una parte y, simultáneamente, se haga de tal forma, que rediseñe un Estado más representativo y, al mismo tiempo, en condiciones de insertarse adecuadamente en el mundo.

Estos son los temas que nos pareció que en algún momento debíamos debatir, porque son los que van a marcar los próximos treinta o cuarenta años.

El proceso de globalización también nos plantea un desafío mucho mayor que tiene que ver con nuestra identidad de país y de región. Es por eso que hemos dado tanta importancia a los temas culturales en nuestra Administración.

Estoy convencido de que los temas culturales son los que, en último término, permanecen en la identidad de una nación, de un país, de un pueblo o de una región. Como he dicho muchas veces, estoy seguro de que ninguno de ustedes recuerda, a pesar de ser gente ilustrada, quién era el príncipe o el gobernante cuando Mozart o Bach se dedicaban a escribir sus partituras. Y todos escuchamos a Mozart y Bach, los disfrutamos mucho. Eso es lo perenne, lo que queda. Nos acordamos de Beethoven y el emperador por su concierto El Emperador y más o menos intuimos la época en que ocurrió aquello.

Lo que quiero decir con esto es que en la esfera cultural la globalización tiene efectos muy contradictorios y muy difíciles.

Por una parte, acentúa la homogeneización cultural respecto al consumo masivo de ciertos bienes o productos universales. Y, por otra, tiende a una cierta homogeneización en los contenidos culturales de las redes comunicacionales.

Para el Centenario, ¿cuáles eran los bienes universales que llegaban a Chile? Muy pocos, ciertamente, y para qué decir de la homogeneización de contenidos en redes comunicacionales. Estábamos todavía con el morse y el telégrafo. Creo, entonces, que la globalización puede terminar siendo, si no tenemos políticas claras para enfrentarla desde el punto de vista del desafío cultural, un ataque muy fuerte a la diversidad e identidad culturales de cada país.

Hay segmentos enteros de la humanidad que sienten que sus historias son irrepetibles y que los valores que rigen sus comunidades están dejando, muchas veces, de tener razón de ser desde una perspectiva global. El presidente Chirac dijo en días recientes que un mundo con una sola lengua perdería enormemente su riqueza y su diversidad. Y eso es real, porque se percibe una pérdida de coherencia y de significado en un mundo cada vez más dominado por una producción cultural invadida por marcas, logotipos y modos de vida corporativos.

El impacto que me produjo ver que había llegado finalmente un Mac Donald's a los Campos Elíseos fue muy grande. Ahora bien, Francia, sobre la base de su riqueza cultural, logra resistir y seguir teniendo su identidad, culturalmente hablando. Pero hay otros que no lo consiguen.

Por otra parte, podemos tener una pluralidad de interpretaciones precisamente sobre lo que es el orden global y de un conjunto de bienes públicos que deben proveerse a escala planetaria. ¿Cómo se deben respetar los derechos humanos, cómo creamos un tribunal penal internacional, cómo hacemos realidad el acuerdo de Kyoto respecto a la protección del medio ambiente?

Y surge entonces la gran pregunta acerca de dónde se discuten esos temas y cuál es el grado de sintonía que un país tiene frente a ellos. De esta manera, si estamos definiendo la existencia de un conjunto de bienes que se van a definir a escala planetaria, el elemento central pasa a ser: quién los define, dónde se definen, cómo se definen. Es así como estamos entrando a un mundo en donde lo multilateral pasa a ser el ámbito de la política internacional que va a precisar aquellos bienes públicos internacionales que deben estar al alcance de todos.

Son temas que no se pueden resolver al interior de los países. Un ejemplo: en Punta Arenas se ve que la capa de ozono se está achicando y adelgazando y que la población está expuesta a los rayos del sol de una manera distinta. Y me preguntan: "¿Y qué hacemos, Presidente?" Puedo decir: "Esto tiene que ver con las emisiones de gas que hay en el hemisferio norte, y el país que tiene las principales emisiones, en un 36%, no firmó el acuerdo de Kyoto". Entonces tengo todo el derecho a preguntarle a tal país: "Está bien, no firme Kyoto, pero dígame qué va a hacer respecto de esto, porque las emisiones tuyas son las que afectan a Punta Arenas". ¿Dónde discuto eso?

Es así como cuando nos acercamos al Bicentenario estamos frente a una realidad que, al hacerse global, plantea lo multilateral y la política multilateral como política local para los ciudadanos de Punta Arenas. Para ellos, el calentamiento de la Tierra o lo que ocurre con la capa de ozono es tan local hasta el punto de que cuando hay pleno sol a los niños generalmente no los dejan salir a recreo, salvo con algo que les cubra la cabeza.

Eso explica por qué cuando países como los nuestros plantean la necesidad de que haya reglas claras en un mundo multilateral, y que ellas deben ser obedecidas por todos, se trata simplemente del deseo que, al igual que a nivel del Estado-Nación, se establezcan y se respeten ciertas reglas para poder vivir en una situación mejor.

Una vez expliqué esto en una visita al extranjero y alguien del público –en el momento de las preguntas y respuestas– me dijo: “Pero, señor, qué saca usted con decir eso, si total sabemos que vivimos en un mundo donde lo multilateral es más bien una retórica, porque desde el punto de vista práctico hay un solo poder que es muy importante”. Y la única respuesta que se me ocurrió darle fue decir: “Mire usted, el mundo siempre ha tenido momentos en los cuales hay un poder muy importante. Todos sabemos que hay períodos de auge y declinación de los imperios. A lo mejor lo que el poderoso tiene que plantearse cuando está en la cúspide es que mañana ya no va a estar allí y que, quizás, esa plenitud de poder de hoy puede utilizarla para pensar un mundo en el cual querría estar mañana cuando ya no sea poderoso, un mundo lo suficientemente multilateral, con reglas claras, de suerte que se sienta cómodo con las reglas que contribuyó a crear”. Sé que es difícil, porque la tendencia cuando no hay reglas es que gane el más poderoso.

Difícilmente vamos a seguir avanzando para celebrar el Tricentenario, si no nos hemos dado cuenta de que vamos crecientemente, como país, a vivir en un mundo más global, con reglas multilaterales, necesarias para poder desempeñarnos en él.

Si somos abiertos –como lo somos–, veremos ese mundo de una manera adecuada para nuestro crecimiento y desarrollo. Y entonces, cuando hablamos de lo que es nuestra forma de desarrollo cultural, vemos que, en último término, lo cultural tiene que ver con nuestras raíces y con la manera de fortalecerlas, pero también de cómo somos capaces de contribuir a crear un mundo donde, así como tenemos una Carta de Naciones Unidas, debemos seguir avanzando para que haya reglas que nos permitan tener un desarrollo que hasta ahora se nos presenta complejo y difícil.

Todas estas cosas intrincadas de la Ronda de Doha de la OMC en materia de comercio, o la reunión de la APEC, que se celebrará en nuestro país en unas semanas más, no son sino un conjunto de mecanismos de articulación mundial, la búsqueda de ciertas reglas para poder tener un desarrollo distinto.

Por cierto, no son temas de cien años atrás, pero son temas que siguen siendo los mismos respecto de los valores propios. Si queremos vivir en una sociedad que sea más democrática y no menos democrática, más libre y no menos libre, más abierta y no más cerrada, más plural y no más monolítica, donde entendamos que tiene que haber más diversidad, sinónimo de riqueza, y ningún fundamentalismo, será señal de que hemos aprendido.

Cuando vemos tanto fundamentalismo en el mundo de hoy es lícito pensar que no se ha aprendido la lección, que estas visiones absolutas implican, en último término, enfrentamiento. Y si algo hemos aprendido los chilenos en estos años es que, aquellos que creen tener la totalidad de la verdad, en definitiva terminan siendo esclavos de alguna verdad que, al poco tiempo, aparece como lo contrario de la verdad misma.

Podemos plantear para el Bicentenario un proyecto de país, para que este pequeño lugar tan alejado sea capaz de proyectarse hacia lo que viene, entendiendo que en ese proyecto futuro tenemos ciertas ventajas y que la principal –y con esto quiero concluir– puede ser, a mi juicio, la geografía.

Para el Centenario, Chile estaba lejos de los grandes centros de desarrollo del mundo. El centro era fundamentalmente Europa. En este mundo más global, Europa sigue siendo la gran proveedora de ideas, pero el mundo se empieza a mover lentamente hacia el Asia, hacia el Pacífico. El crecimiento del comercio tiene lugar ahí y entonces repentinamente se presenta Chile.

Si el Océano Pacífico va a ser el área de más rápido crecimiento económico, al menos Chile tiene una gran oportunidad,

si es capaz de convertirse en un puente entre un continente como Asia, con tremendos niveles de crecimiento, y los países latinoamericanos del Atlántico Sur.

Evidentemente es una posibilidad de inserción distinta, antes no la tuvimos, no la visualizamos. Pero cuando se producen esas grandes mutaciones, existe el derecho a preguntarse: ¿por qué fue Venecia la que floreció cuando Europa descubrió Catay y no Ravena u otra? Y si eso es así, Chile puede convertirse o no en un puente entre ese mundo y el que viene. Ese es el sentido profundo de la reunión de la APEC que va a tener lugar en Santiago durante los próximos días. Y es un elemento, querámoslo o no, a incorporar a nuestra forma de pensar respecto de las potencialidades del Bicentenario.

En suma, creo que la iniciativa de la Comisión Bicentenario de convocarnos a estos dos días de debate tiene que ver, en último término, con algo que me parece central. Es cierto que podemos tener grandes discusiones acerca de cómo hacer para crecer, para que el crecimiento sea más igualitario, para profundizar la democracia o mejorar la calidad de vida de nuestras ciudades, de cómo celebrar el Bicentenario con grandes proyectos de infraestructura. Pero en el largo plazo lo que permanece y lo que queda son las ideas, las visiones, los nuevos paradigmas.

Por eso, en el fondo, lo que estamos buscando a través de este debate es pensar en un nuevo paradigma que permita mirar a Chile hacia el futuro y proyectarlo de mejor manera, más realista, con los pies en la tierra. Pero donde también podamos combinar lo anterior con nuestra capacidad de seguir soñando: si no buscamos una utopía, después de todo, para qué sirve estar acá.

En ese sentido creo que tenemos una buena oportunidad y una buena opción y estoy seguro de que, con las contribuciones que se van a hacer al debate, vamos a estar mejor preparados.

También creo que es el momento de concluir aquí y dejar la palabra a los que, con mucha o mayor propiedad que yo, van a poder dirigirse a ustedes con un bagaje más sistemático que el de un Presidente un poco afligido que trató de hacer una introducción para los distinguidos conferencistas que tenemos.

Muchas gracias.